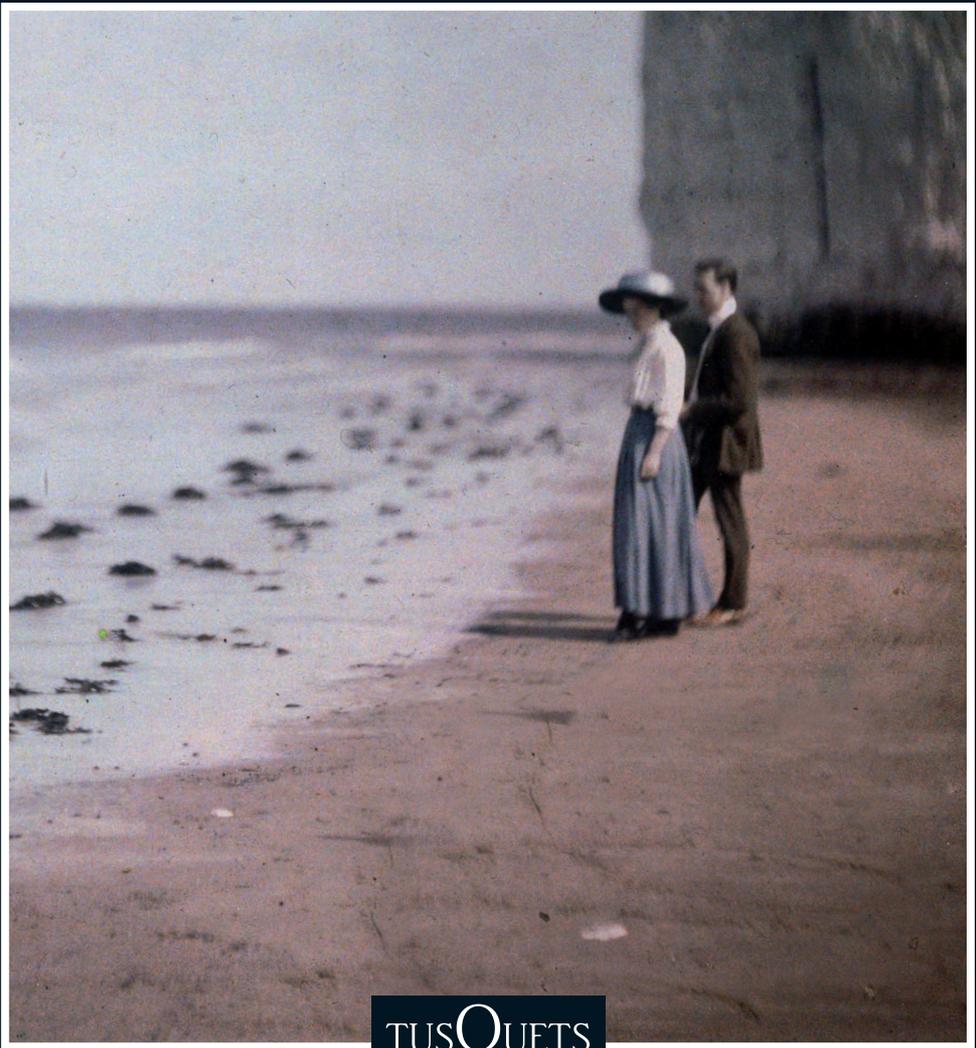


Michael Kumpfmüller

LA GRANDEZA  
DE LA VIDA

*colección andanzas*



TUSQUETS  
EDITORES

MICHAEL KUMPFMÜLLER  
LA GRANDEZA DE LA VIDA

Traducción de Belén Santana

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Die Herrlichkeit des Lebens*

1.ª edición: marzo de 2015

© 2011, Verlag Kiepenheuer & Witsch GmbH & Co. KG, Colonia/Alemania

© de la traducción: Belén Santana López, 2015  
Diseño de la colección: Guillemot-Navares  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-9066-044-7  
Depósito legal: B. 1.137-2015  
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.  
Impreso por Limpergraf, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

# Índice

Uno: Llegar .....	13
Dos: Quedarse .....	95
Tres: Irse .....	179
Nota final y agradecimientos .....	265

El doctor llega a última hora de la tarde, un viernes de julio. El tramo final que recorre desde la estación en un automóvil descubierto no se acaba nunca, sigue haciendo mucho calor y está exhausto, pero ya ha llegado. Elli y los niños lo esperan en el vestíbulo. Apenas le da tiempo a dejar el equipaje y ya Felix y Gerti corren hacia él y le hablan sin cesar. Han estado en la playa desde por la mañana temprano, y les encantaría volver y enseñarle lo que han construido, un enorme castillo de arena, la playa está repleta de ellos. Pero dejadle tranquilo, les exhorta Elli mientras sostiene a Hanna dormida en brazos, sin embargo, ellos le siguen contando cómo ha ido el día. Elli pregunta: ¿Qué tal el viaje? ¿Quieres comer algo? El doctor piensa si quiere comer algo, porque apetito no tiene. No obstante, sube a la casa donde están pasando las vacaciones y los niños le enseñan dónde duermen, tienen once y doce años y encuentran miles de excusas para no irse a la cama aún. La «señorita» ha preparado un plato con nueces y fruta, también hay una jarra de agua, él bebe y da las gracias a su hermana, pues las próximas tres semanas comerá allí, pasarán mucho tiempo juntos, aunque está por ver, a la larga, qué le parece todo aquello.

El doctor no tiene grandes expectativas respecto de esta visita. Viene arrastrando unos meses malos y no quería

seguir en casa de sus padres, así que la invitación al Báltico llegó en el momento oportuno. Su hermana había encontrado el alojamiento a través del periódico, el anuncio prometía unas camas formidables y precios decentes, además de balcones, verandas y miradores, todo al pie del oqueudal y con maravillosas vistas al mar.

Su habitación está al otro extremo del pasillo. No es demasiado grande, pero hay un escritorio y el colchón es firme, además tiene un estrecho balcón que da al bosque y promete tranquilidad, aunque se oyen voces infantiles, procedentes de un edificio cercano. El doctor deshace el equipaje: unos pocos trajes, ropa interior, lectura, papel para escribir. Podría contarle a Max cómo han ido las conversaciones con la nueva editorial, pero ya lo hará los próximos días. Le había resultado extraño volver a Berlín después de todos esos años y, veinticuatro horas más tarde, allí está, en Müritz, en una casa llamada *Glückauf*, que significa «Suerte». Elli ya ha hecho una broma al respecto: espera que el doctor gane unos kilos a orillas del mar, aunque ambos saben que es poco probable. Todo se repite, piensa él, los veranos que pasa desde hace años en algún hotel o sanatorio, y luego los largos inviernos en la ciudad, en los que, a veces, no sale de la cama durante semanas. Se alegra de estar solo y se sienta un rato en el balcón, donde aún se oyen esas voces, luego se va a la cama y concilia el sueño sin esfuerzo.

Cuando despierta, a la mañana siguiente, ha dormido más de ocho horas. Enseguida sabe dónde está, se encuentra a orillas del mar, en esa habitación, muy lejos de todo lo que está harto de ver. Oye de nuevo las voces de los

niños que ayer lo acompañaron hasta rendirse al sueño, cantan una canción, es en hebreo, resulta fácil reconocerlo. Son del Este, piensa él, aquí hay colonias de vacaciones para esos niños; hacía dos días en Berlín, Puhah, su profesora de hebreo, había mencionado que también en Müritz había uno de esos campamentos, y resulta que está justo al lado. Después sale al balcón y mira hacia los niños. Estos han terminado de cantar, están sentados a una larga mesa delante de la casa, desayunando y hablando en voz alta y alegre. Hacia un año, en Planá, ese tipo de ruidos le molestaban mucho, pero ahora semejante algarrabía hasta le agrada. Pregunta a su hermana si sabe algo de ellos, pero Elli no sabe nada, se muestra sorprendida por su repentino interés y le pregunta si ha dormido bien, si está a gusto en la habitación, sí, muy a gusto, tiene muchas ganas de ir a la playa.

El camino es más largo de lo esperado, hay que andar casi un cuarto de hora. Gerti y Felix llevan las bolsas con los trajes de baño y la comida, primero echan a correr y se adelantan un pequeño tramo y luego retroceden hasta donde está él, que apenas alcanza a seguirlos lentamente. El mar brilla liso y plateado a la luz del sol, por todas partes se ven niños con bañadores de colores chapoteando en la orilla o jugando a la pelota. Elli, por suerte, ha alquilado un *Strandkorb*, uno de esos sillones de mimbre techados, solo para él, está a la derecha del embarcadero, de modo que puede observarlo todo estupendamente. Alrededor de los *Strandkörbe*, tapizados todos a rayas, se levantan muros de arena que llegan a la altura de la rodilla, al menos uno de cada dos está decorado con una estrella de David hecha de conchas.

Gerti y Felix quieren ir a bañarse y se alegran de que

él los acompañe. El agua de la orilla tiene la temperatura de una bañera, pero después él echa a nadar con los dos hasta que comienzan a notar las corrientes más frías. Gerti quiere que le enseñe a hacer el muerto, es muy fácil y, así, se dejan llevar por el agua centelleante hasta que, desde la orilla, se oye la voz de Elli. No debe excederse, le advierte. ¿No decía que anoche había tenido algo de fiebre? Así es, reconoce el doctor, pero desde esta mañana la fiebre ha desaparecido. Sin embargo, le viene bien sentarse tranquilamente en el *Strandkorb*, debe de hacer más de treinta grados, al sol casi no se aguanta. Gerti y Felix también deben tener cuidado con el sol, ahora están escribiendo las iniciales de su nombre con unas piñas puestas sobre la arena. Durante un buen rato, él simplemente se queda allí sentado, mirando a los niños, de vez en cuando oye un retazo en yídish, es la advertencia de algún monitor, de apenas veintitantos años. Gerti se pone a hablar con un grupo de niñas, cuando le preguntan por ellas, responde que sí, que esas niñas también son de Berlín, están de vacaciones, como nosotros, se quedan en una colonia cercana.

El doctor podría estar así durante horas. Elli le pregunta todo el tiempo cómo se encuentra, siempre con ese tono maternal y preocupado que él ya conoce. Nunca ha podido hablar con Elli como lo hace con Ottla; sin embargo, menciona a Hugo y a Else Bergmann, que lo han invitado a viajar con ellos a Palestina, a Tel Aviv, donde también hay una playa y niños riendo, como aquí. No hace falta que Elli diga gran cosa, el doctor ya sabe lo que opina sobre ese tipo de planes; en el fondo, ni él mismo se los cree. Pero los niños le dan mucha alegría, está contento y agradece poder estar allí, con ellos. Hasta logra dor-

mir más de una hora en medio de todo ese jaleo, bajo el tremendo calor del mediodía, antes de que Gerti y Felix vuelvan a buscarlo para ir al agua.

El segundo día comienza a distinguir las primeras caras. Su mirada ya no es errática, sino que va teniendo preferencias: descubre un par de largas piernas femeninas, una boca, una melena y un cepillo que la recorre, de cuando en cuando una mirada; más allá, una joven morena y alta que lo mira varias veces y luego disimula. A dos o tres chicas las reconoce por la voz, observa cómo se meten en el agua, cómo corren a lo lejos por la arena caliente, agarradas de la mano, entre continuas risitas. Le resulta difícil calcular su edad. Primero les echa diecisiete, luego le parecen todavía unas niñas, y es precisamente en esa alternancia donde radica el placer de observarlas.

La morena y alta ha llamado sobre todo su atención. Podría preguntarle a Gerti cómo se llama, pues su sobrina ya ha hablado con ella, pero no quiere mostrar interés de esa manera. Le gustaría hacerla reír, porque no se ríe nunca, es una lástima. La chica tiene el gesto mohíno, como si llevara tiempo enfadada por algo. A mediodía, desde el balcón, la ve poner la mesa en el jardín de la colonia de verano y, después, por la noche, la ve representar a la protagonista en una obra de teatro. No alcanza a oír lo que dice, pero ve cómo se mueve y la pasión con la que interpreta el papel de una novia que debe casarse contra su voluntad —eso es al menos lo que él concluye de la trama—, oye la risa de los niños, el aplauso al que la morena responde con varias reverencias.

Cuando se lo cuenta a Elli y a los niños siente todavía

una gran nostalgia. Antes de la guerra había conocido a gente del teatro, a aquel loco de Löwy, al que su padre tanto despreciaba, a las jóvenes actrices que apenas se sabían el texto en yídish, pero cuánta fuerza había en su interpretación, cuánto creía él por entonces en todo aquello.

A la mañana siguiente, cuando Gerti acompaña a la joven hasta el *Strandkorb*, él la ve sonreír por primera vez. Ella al principio se muestra tímida, pero cuando el doctor le cuenta que la ha visto en el escenario, enseguida coge confianza. Le dice que se llama Tile y él le dedica varios cumplidos. Parecía una verdadera actriz, le dice, a lo que ella responde que espera haberse parecido a una novia, pues no estaba interpretando a una actriz. Al doctor le agrada la respuesta, ambos ríen y empiezan a conocerse un poco más. Sí, es de Berlín, le cuenta ella, también sabe quién es el doctor, pues hace varias semanas puso uno de sus libros en el escaparate de la librería donde trabaja. No parece querer desvelar más sobre sí misma, al menos no en presencia de Gerti, así que el doctor la invita a dar un paseo por el embarcadero. Quiere ser bailarina, lo cual también resulta ser el motivo de su disgusto, pues ha reñido con sus padres, que pretenden impedirlo a toda costa. El doctor no sabe bien cómo consolarla, argumenta que es una profesión tan hermosa como difícil, pero, si cree en ello, llegará el día en que bailará. Él se la imagina deslizándose por el escenario, doblándose, suplicando con brazos y piernas. Ella lo sabe desde que tenía ocho años, lo siente con todo su cuerpo. El doctor guarda silencio durante un buen rato mientras ella lo mira expectante, mitad niña, mitad mujer.

También al día siguiente salen a pasear, y al otro. La chica ha reflexionado largamente sobre las palabras del doctor, pero no está segura de haberlo entendido bien. Tras pensárselo mejor, él no se siente satisfecho con su respuesta, tal vez no esté bien animarla a cumplir su sueño, tal vez él no tenga derecho a hacerlo. El doctor le habla de su trabajo en la compañía de seguros, de cómo son las noches, cuando escribe, aunque ahora no está escribiendo. También ha dejado de trabajar en la compañía de seguros, está retirado desde hace un año, solo por eso puede estar ahora allí, sentado en el embarcadero, junto a una linda berlinesa que dentro de unos años será bailarina. Ella vuelve a sonreír e invita al doctor a cenar al día siguiente, los viernes por la noche siempre celebran una pequeña fiesta en la colonia de verano, ya ha pedido permiso a los monitores. Él acepta de inmediato, también porque es viernes y porque así, a sus cuarenta años, saldrá de fiesta por primera vez un viernes por la noche.

Ya por la tarde observa los preparativos desde el balcón. Se ha retirado a su cuarto y escribe postales sobre el mar y sobre los fantasmas de los que, por el momento, parece haber escapado. Escribe a Robert y a los Bergmann, en parte las mismas frases, muchas sobre los niños. Gracias a Tile sabe que la colonia se llama *Kinderglück*, algo así como «El paraíso de los niños», y anota: para poner a prueba mi movilidad, tras muchos años de guardar cama y sufrir dolores de cabeza, me he levantado para emprender un pequeño viaje al Báltico. Lo cierto es que he sido afor-

tunado. A cincuenta pasos de mi balcón se encuentra una colonia de vacaciones que pertenece al Hogar del Pueblo Judío de Berlín. Veo jugar a los niños entre los árboles. Son niños alegres, sanos, llenos de entusiasmo. Judíos del Este salvados del peligro berlinés por judíos del Oeste. Durante la mitad del día y de la noche, la casa, el bosque y la playa se llenan de cánticos. Cuando estoy con ellos no es que sea feliz, pero alcanzo el umbral de la felicidad.

Aún queda tiempo para dar un pequeño paseo, luego se va preparando poco a poco para la cena, saca el traje oscuro del armario y comprueba la corbata frente al espejo. Siente curiosidad por lo que le espera allí al lado, por cómo transcurrirá exactamente la fiesta, por las canciones, las caras, pero no hay mucho más, no espera nada para sí.